



UNIVERSIDAD BÍBLICA
LATINOAMERICANA
PENSAR • CREAR • ACTUAR

BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS
BACHILLERATO EN CIENCIAS BÍBLICAS

LECTURA SESIÓN 8

CBX 104 INTRODUCCIÓN A LA BIBLIA

Trebolle, Julio. “Literatura cristiana primitiva: colecciones de libros canónicos y apócrifos”. En *La Biblia judía y la Biblia cristiana: introducción a la historia de la Biblia*, 247-270. Madrid: Trotta, 2013.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

LITERATURA CRISTIANA PRIMITIVA:
COLECCIONES DE LIBROS CANÓNICOS Y APÓCRIFOS

I. INTRODUCCIÓN

La discusión sobre las cuestiones relativas al canon del NT ha solido estar en manos de los estudiosos de la patología, la historia de la teología y la historia de la Iglesia. El biblista o el teólogo del NT han considerado por lo general que su tarea se termina cuando, desde la perspectiva histórica, han llegado al estudio de la última obra incorporada en el *corpus* neotestamentario (la segunda carta de Pedro), o cuando, desde el punto de vista teológico, han llegado al momento crítico de la «muerte del último apóstol», instante en el que la Escritura cede el puesto a la Tradición de la Iglesia como nueva fuente de revelación. Este hiato temporal entre escritos neotestamentarios y escritos de los Padres apostólicos, entre época apostólica y época «subapostólica», es absolutamente artificial, al igual que lo es el corte literario entre literatura canónica y literatura apócrifa.

El descubrimiento de la biblioteca gnóstica de Nag Hammadi ha reavivado el interés por el estudio del canon del NT, al igual que el hallazgo de la biblioteca de Qumrán reavivó el interés por el canon veterotestamentario. El redescubrimiento de la literatura apócrifa del AT ha tenido también su contrapartida en el renovado interés por la literatura apócrifa del NT.

Ha cambiado también la perspectiva histórica desde la que se estudia el canon neotestamentario: menos centrada en el momento final de las decisiones conciliares sobre la «lista» de libros canónicos, y más dirigida hacia los primeros momentos del lento proceso, por el que, a través de numerosas controversias y vicisitudes, se llegó al establecimiento definitivo del canon neotestamentario. No cabe reducir el estudio de la historia del canon al análisis de las «listas» de libros canónicos de la época patristica. Es preciso relacionar estas listas entre sí, conforme a las diversas épocas y lugares, y situarlas dentro del contexto del proceso de formación de la teología cristiana y de la historia de la Iglesia en los primeros siglos.

En consecuencia, al igual que sucede en lo que respecta al canon del AT, se pone hoy un mayor acento en la pluralidad y en la diversidad de los escritos que componen el NT, tanto en su estructura como en su formación diacrónica y en su significado teológico.

Finalmente, la cuestión del canon se ha convertido en una cuestión crucial de la teología actual, decisiva nada menos que para una definición del ser cristiano en general y del modo de ser cristiano propio de cada una de las grandes confesiones e iglesias cristianas (Käsemann). Los problemas históricos aparecen de este modo íntimamente relacionados con los teológicos.

Al igual que se ha dicho a propósito del AT, no cabe aislar, como se ha hecho en años pasados, la historia del canon neotestamentario de la historia y crítica del texto y de la historia de la exégesis del NT (Hanson).

II. HISTORIA DE LAS COLECCIONES DE LIBROS CANÓNICOS DEL NUEVO TESTAMENTO

Es preciso distinguir dos realidades diferentes, a las que la palabra «canon» puede hacer referencia: el *proceso* histórico a través del cual se formó la colección de libros canónicos, y la lista cerrada de libros canónicos establecida por la Iglesia.

Si el carácter canónico de los libros del NT reside en sus *orígenes* apostólicos y no tanto en la circunstancia de haber sido incluidos en las listas conciliares, cabe decir que el NT estaba ya establecido desde el momento en el que fueron escritos los diversos libros que lo componen. Sin embargo, la formación de las *listas* de los concilios exigió un largo período de tiempo y consistió en un proceso histórico complejo hasta que se hubo definido qué libros entraban en canon y cuáles quedaban fuera del mismo.

Según la teoría clásica sobre la historia del canon neotestamentario, la segunda mitad del s. II d.C. es la época en la que se producen los acontecimientos decisivos que conducen a la formación del *corpus* canónico del NT.

A finales del s. II estaba ya formado el «núcleo» básico del futuro canon neotestamentario. Este núcleo lo constituían los cuatro evangelios, las trece cartas de Pablo, Hch, 1 Pe y 1 Jn. Los Padres de finales del s. II y comienzos del s. III, así como el Fragmento Muratoniano, conocen ya este cuerpo de literatura cristiana y lo citan como escritura canónica en pie de igualdad con el AT, que hasta poco antes eran las únicas Escrituras de los cristianos.

En los dos siglos siguientes se alcanzó poco a poco un consenso sobre el valor canónico de los demás libros, de modo que a finales del s. IV el canon neotestamentario adquirió ya su forma definitiva. La Carta de Pascua de Atanasio del año 367 ofrece una lista que coincide ya básicamente con las transmitidas desde entonces hasta hoy.

Cabe distinguir cinco períodos en la formación del canon.

1. *Período apostólico: hasta el año 70 d.C.*

La Iglesia naciente no tenía entonces más Escrituras que «la Ley y los Profetas», es decir, el AT, leído, sin embargo, a la luz de la cristología y de la escatología cristiana.

La época apostólica conoció el inicio del proceso de transición del mensaje oral al documento escrito. Este proceso responde a una línea de continuidad, nunca rota, entre la predicación de los primeros apóstoles del cristianismo y la herencia escrita que emerge en las últimas décadas del s. I. A comienzos del siglo siguiente, Papías tenía una tal conciencia de la continuidad que le unía con la tradición apostólica, que se aferraba a la transmisión oral de la misma con preferencia a la escrita.

2. *Período subapostólico: desde el 70 hasta el 135 d.C.*

En esta época se formaron la colección de los evangelios y la colección de cartas paulinas. Las demás tradiciones que se remontaban a Pablo fueron recogidas en las cartas deuteropaulinas. Se formó también la colección definitiva de escritos joánicos. Al igual que la Biblia judía era conocida como «la Ley y los Profetas», la Biblia cristiana de esta época podría ser designada como «los Profetas y los Apóstoles».

El proceso de formación del NT consistió en llevar a cabo una gran colección de pequeñas colecciones. Los evangelios y las cartas paulinas constituían los dos núcleos iniciales del canon, y el libro de los Hechos, que mostraba el carácter apostólico de la figura de Pablo, servía de unión entre ambos. Los Hechos, las cartas católicas y el Apocalipsis circularon en un principio como escritos sueltos, no integrados en ninguna colección.

Un estudio estadístico sobre la frecuencia con la que los escritores eclesiásticos utilizan los libros del NT, permite establecer la conclusión probable de que los evangelios adquirieron cierta autoridad algo antes que la colección de cartas paulinas.

a) *La colección de evangelios.* En tiempos de los Padres apostólicos las tradiciones evangélicas eran conocidas a través de la tradición oral más que de la escrita (Köster 1957). A mediados del s. II, en tiempos de Justino, se tiene ya conocimiento de varios evangelios o «memorias» de los apóstoles. El *Diatessaron* de Taciano, que funde los evangelios sinópticos en uno solo, muestra que en el s. II existía una tendencia a preferir un evangelio unificado que la pluralidad de dos, tres o cuatro evangelios.

El *Evangelio de Tomás* representa una redacción independiente de una antigua tradición evangélica; lo mismo se puede decir tal vez tam-

bién de otras obras de la biblioteca de Nag Hammadi (*Evangelio de Pedro, Diálogo del Salvador, Apócrifo de Juan*). Hoy no cabe ya rechazar los evangelios apócrifos como si se tratara de productos tardíos y dependientes de los evangelios canónicos (Köster 1971, 1980).

Durante mucho tiempo los evangelios circularon por separado, con independencia unos de otros. Más tarde comenzaron a utilizarse dos o más evangelios a un tiempo. Se ha solido decir que la colección de los cuatro evangelios canónicos quedó establecida en tiempos de Ireneo (Von Campenhausen 1972). Se tiende a considerar, sin embargo, que a mediados del s. II la situación era todavía bastante fluida; en algunas iglesias se discutía todavía la aceptación de uno u otro de los cuatro evangelios o se añadía algún otro de los que no llegaron a entrar en el canon. La colección de los cuatro evangelios no logró imponerse definitivamente hasta finales del s. II.

b) *La colección de cartas de Pablo*. A finales del s. II todas las iglesias cristianas conocían también y utilizaban en la liturgia y en la enseñanza la colección de cartas paulinas. Sin embargo, la cuestión sobre el número de cartas que formaban parte de la primera y más antigua colección de cartas de Pablo, admite muchas respuestas, aunque todas ellas son más o menos coincidentes:

1) Un escritor cristiano interesado en la figura de Pablo y conocedor de los Hechos, publicó en Éfeso un *corpus* de 10 cartas, todas menos las pastorales (Goodspeed), componiendo él mismo una carta como introducción al conjunto: la carta a los Efesios.

2) La redacción de algunas cartas paulinas, la composición de algunos de los escritos pseudoepígrafos atribuidos a Pablo y la recolección de todo el legado literario de Pablo, fueron posiblemente obra de la «escuela paulina», un grupo de personas que conocía y admiraba la figura y la obra del apóstol. Esta escuela compiló las cartas auténticas y compuso otras «nuevas»: Col, Ef, 2 Tes, 1 y 2 Tim y Tit, publicando finalmente el *corpus* completo (Schenke).

3) El *corpus* paulino conoció dos ediciones: la primera contenía las cartas a las siete iglesias; la segunda añadió las cartas pastorales, hasta alcanzar el número de trece (Dahl).

4) Hacia el año 90 existían en diversos lugares diferentes colecciones antiguas de cartas paulinas (*Ur-Corpora*), más o menos extensas, que podían incluir todas o algunas de las cartas siguientes: 1 y 2 Cor, Heb, Rom, Gál, Ef y Flm (Aland).

5) El primer *corpus paulinum* contenía las siete cartas siguientes: 1 y 2 Cor, Gál, Flp, 1 y 2 Tes y Rom (W. Schmithals).

c) *El libro de los Hechos de los Apóstoles* servía de lazo de unión entre las dos grandes colecciones, los evangelios y las cartas paulinas. Enlazaba las figuras de Pedro y de Pablo, los dos apóstoles que tuvieron un influjo decisivo en la formación, no sólo del cristianismo, sino también de la Biblia cristiana. «La historia del desarrollo del canon cristiano es en algunos aspectos la historia de cómo la relación entre Pedro

y Pablo se convirtió en norma directiva para las iglesias que formaron y aceptaron la autoridad del canon» (Farmer).

Los elementos esenciales del canon del NT, aquéllos representados en los evangelios, los Hechos y las cartas paulinas, arrancan del acuerdo que Pedro y Pablo alcanzaron en Jerusalén, posiblemente de acuerdo también con Santiago, tres años después de la conversión de Pablo.

d) Entre los *restantes escritos* que más tarde entraron a formar parte del canon del NT, las *cartas católicas* tuvieron en un principio una difusión limitada sólo a zonas determinadas. Solamente las cartas 1 Pe y 1 Jn parecen haber gozado de gran difusión en el s. II. El *Apocalipsis* era muy conocido en el Occidente, pero muy poco en el Oriente. Lo contrario sucedía con la *carta a los Hebreos*.

Así, pues, a finales del s. II, gozaban de reconocida y general autoridad los 4 evangelios, las cartas de Pablo, los Hechos, y las cartas Primera de Pedro y Primera de Juan. La situación no era, sin embargo, la misma en todas partes. Éstos son los escritos más citados por Ireneo, Tertuliano y Clemente, pero sobre la autoridad de los libros restantes no existía todavía un acuerdo en la época. Las diferencias de opinión subsistieron a lo largo del siglo III y hasta bien entrado el s. IV.

El hecho de que existieran 4 evangelios diferentes no dejaba de causar problemas. Varias veces y por diferentes caminos se intentó unificar la tradición evangélica: Taciano redujo los cuatro evangelios a uno solo (el *Diatessaron*), Marción redujo el canon a un único evangelio, el de Lucas.

En los primeros tiempos algunas iglesias no tenían conocimiento más que de un único evangelio: el más difundido en Palestina era el de Mateo; en algunas zonas de Asia Menor se utilizaba sólo el de Juan; lo mismo sucedía con los de Marcos y Lucas en las áreas de difusión respectivas.

3. *Período del gnosticismo naciente: desde el 135 hasta la muerte de Justino en el 165 d.C.*

En esta época el cristianismo se desprende de sus raíces judías y adquiere formas características del cristianismo de la gentilidad. La Iglesia surgida del paganismo no llegó a rechazar el AT, pero en ocasiones lo sentía como una pesada herencia.

En estos años tuvo un fuerte desarrollo el gnosticismo, frente al cual el cristianismo se vio abocado a tomar al mismo tiempo varias medidas, no fáciles de conjugar: reconocer la legitimidad de una gnosis cristiana, conservar el AT como parte integrante de la revelación cristiana, preservar el carácter histórico del mensaje de salvación cristiano y, finalmente, desarrollar la exégesis cristiana del AT según los principios y modelos establecidos en las tradiciones apostólicas.

La idea gnóstica de que existían «tradiciones apostólicas secretas» abría la puerta a todo tipo de doctrinas y de escritos. El desarrollo del

gnosticismo hacía ya insostenible limitarse a la tradición oral y obligaba a encontrar una vía aceptable de interpretación del AT.

En el período subapostólico estaba ya latente la idea de un canon cerrado, pero fue el desarrollo del gnosticismo el que obligó a hacer realidad esta idea. Marción convirtió la cuestión del canon en un problema urgente, pero fueron los gnósticos los que decidieron de alguna manera la dirección en la que efectivamente se procedió: en reacción contra ellos.

En tiempos de *Justino*, el NT conocido *en Roma* incluía dos tercios del total de lo que sería más tarde el NT definitivo. Quedaban varias tareas por cumplir: separar los libros de Lc y Hch, colocando a Lc con los demás evangelistas (Mt, Mc y Jn), para formar así el canon de 4 evangelios; ampliar el *corpus* paulino marcionita de 10 cartas hasta incluir otras cartas de Pablo y cartas de otros apóstoles, y, por último, situar Hch como puente de unión entre la colección de los 4 evangelios y la colección de las cartas apostólicas.

4. *Período antignóstico: Ireneo, Clemente de Alejandría, Orígenes e Hipólito de Roma*

El canon conocido por *Ireneo* y la iglesia de *la Galia* por él representada contenía lo esencial del canon definitivo: los cuatro evangelios, los Hechos, las cartas de los apóstoles y el Apocalipsis. El *Evangelio de Pedro* quedó excluido, por su carácter docetista; los gnósticos desvirtuaban el sentido del martirio y el valor del sufrimiento.

Frente a los gnósticos y, en particular, frente a los marcionitas, el trabajo más importante desarrollado por *Ireneo* consistió en establecer los principios y argumentos para una comprensión cristiana de las Escrituras, AT y NT, como un todo coherente y armonioso.

El canon de *Clemente de Alejandría* (150-ca. 215) tenía unos límites bastante amplios y no muy precisos. *Clemente* utilizaba una colección de libros similar a la usada más tarde en las demás iglesias, con las posibles o probables excepciones de Sant, 3 Jn y 2 Pe. Incluía Heb, que otras iglesias contemporáneas no admitían; hacía un uso relativo de las cartas de Bernabé y primera *Carta de Clemente*, como si fueran de origen apostólico, y reconocía como inspirada la obra del *Pastor de Hermas*. Por el contrario, en la iglesia egipcia Ap y Hch parecen no haber gozado más que de una importancia relativa.

Mientras vivió en Alejandría, *Orígenes* (185-254) parece haber reconocido valor canónico a la *Didakhé*, al *Pastor de Hermas* y a la *Carta de Bernabé*. Más tarde rechazó algunos libros de los aceptados por *Clemente*: *Predicación de Pedro*, *Apocalipsis de Pedro*, *Evangelio de los Egipcios*, *Evangelio de Matatías* y posiblemente el *Evangelio de los Hebreos*.

Clemente y *Orígenes* coinciden en una lista de 22 libros: los cuatro evangelios, Hch, las catorce cartas paulinas (incluyendo Heb), 1 Pe, 1

Jn y Ap. Orígenes aceptaba cinco libros de los considerados canónicos por Clemente, pero advertía que eran «disputados»: *Jds*, *Carta de Clemente*, *Carta de Bernabé*, *Pastor de Hermas* y 2 Jn. Por su parte Orígenes incluía otros tres libros también «disputados», que parecen no haber sido utilizados antes por Clemente: 3 Jn, Sant y 2 Pe.

Hipólito de Roma (+235) conocía una lista de 22 libros: 4 evangelios, Hch, 13 cartas paulinas (sin Heb), 1 Pe, 1-2 Jn y Ap. Esta lista es prácticamente idéntica a la de los 22 libros «no discutidos» de la que habla Orígenes, quien incluye 2 Jn a pesar de ser consciente de que este libro era objeto de discusión. La relación de libros «no discutidos» de Orígenes está muy próxima al canon de Hipólito y de Ireneo, tanto en el número como en la denominación de los libros.

Eusebio podía decir, por ello, más tarde, que los libros no discutidos eran aceptados por casi todas las iglesias. Sin embargo, a comienzos del s. III no hay seguridad de que el canon más amplio y algo amorfo de Clemente representara mejor la práctica de algunas iglesias, en todo caso la de Egipto, que el canon más restringido de Ireneo y de Hipólito.

5. Constitución definitiva del canon en el siglo IV

Eusebio de Cesarea (+340) presenta una lista de libros canónicos, que parece coincidir con la que ofrece Atanasio años más tarde. No menciona, sin embargo, Heb y hace referencia a que algunos libros son objeto de discusión: Sant, *Jds*, 2 Pe, 1-3 Jn y Ap. Enumera también una lista de libros que no considera «auténticos», pero que eran leídos públicamente en las iglesias apostólicas y ortodoxas: *Hechos de Pablo*, *Pastor de Hermas*, *Apocalipsis de Pedro*, *Carta de Bernabé* y *Didakhé* (cf. *Historia Eclesiástica* 3.31.6).

El canon neotestamentario que se impondrá más tarde en el concilio de Calcedonia (451) es el mismo que se encuentra ya en *Atanasio* (296-373): 4 evangelios, Hch, 7 Cartas católicas (Sant, 1-2 Pe, 1-2-3 Jn, *Jds*), 14 Cartas de Pablo (incluida Heb) y Ap. Muchos manuscritos de origen egipcio que se remontan al s. IV siguen este orden de libros.

La misma lista se encuentra en Amfíloco, obispo de Iconio (+394), en el orden de libros que prevaleció más tarde: Heb después de Flm y las cartas católicas después de las cartas paulinas.

Incluso las iglesias que no llegaron a aceptar las decisiones del concilio de Calcedonia reconocían esta lista de 27 libros canónicos, los mismos que integran la relación establecida mucho más tarde en Trento.

III. CÁNONES FALLIDOS

La historia del canon no siguió una línea única y recta desde el comienzo hasta el final. Al igual que sucedió con la historia del texto y de

la interpretación, el canon se fue abriendo camino dejando atrás vías muertas y senderos perdidos. Algunos de estos esfuerzos fallidos contribuyeron al éxito de la forma final, otros llevaron a soluciones que más tarde o más temprano terminaron fracasando.

Desde los comienzos del cristianismo hasta el s. VI, cuando se impuso la forma oficial del canon, existieron colecciones muy diversas de libros que, añadidos al AT, podían haber cristalizado en otros tantos cánones diferentes. Algunas de estas colecciones o cánones en embrión no sólo iniciaron su marcha, sino que llegaron a formar verdaderos cánones, que, sin embargo, no lograron concitar hacia sí el consenso de todas las iglesias cristianas (Harnack).

Estas formas precanónicas, más o menos incoadas o truncadas a mitad de camino, fueron las siguientes, todas ellas precedidas por el AT: una colección de *logia* o dichos del Señor; un evangelio escrito o una colección de varios evangelios; un evangelio o varios, junto con una colección más o menos amplia de obras cristianas de carácter diverso; el evangelio junto con una colección de enseñanzas del Señor y de los 12 apóstoles (la *Didakhé* es el comienzo de una colección de este tipo); una colección o resumen de profecías mesiánicas como las que se encuentran en la *Carta de Bernabé*, etc. (Farmer).

Lo importante a tener en cuenta es que la forma que el NT adquirió a finales del s. II, no era en modo alguno la única imaginable que el canon cristiano podía haber asumido.

La historia del canon neotestamentario es, una vez más, la historia de un proceso que parte de la diversidad y cristaliza en la unidad. La formación de la Biblia cristiana a finales del s. II d.C. corre pareja con la formación de la Gran Iglesia. En ambas la línea evolutiva conduce de la diversidad a la unidad. La perspectiva teológica tiende a considerar que el principio de la unidad de fe (*regula fidei*) estaba ya establecido desde un principio y que la diversidad surgió por ruptura (*hairesis*, «herejía») de aquella unidad original. Esta visión sólo se obtiene en realidad *a posteriori*. W. Bauer ha puesto en cuestión el supuesto de que en los inicios del cristianismo existiera algo parecido a una ortodoxia (críticas a la tesis de Bauer en Metzger y Harrington). Conforme a la doctrina tradicional y patrística sobre el origen de las herejías, la Iglesia conservó desde un principio la pureza de la doctrina cristiana y de la tradición apostólica. La ortodoxia es, por tanto, anterior a las herejías todas, que no son sino desviaciones de la ortodoxia, achacables a Satanás, a una curiosidad malsana, al espíritu sectario de algunos, a la filosofía griega considerada como la «madre de las herejías», etc. La Iglesia conserva la verdad única, las sectas no cesan de fragmentar la verdad y de fragmentarse ellas mismas.

Esta concepción estática de la ortodoxia no corresponde a la realidad histórica. No cabe acercarse a la historia con conceptos rígidos. Lo que se entendía por ortodoxia en el s. II no era lo mismo que lo que se conocía como tal en los ss. IV y V. Según Harnack las herejías fueron el

acicate en la formación del dogma ortodoxo y los gnósticos fueron los primeros teólogos cristianos. Según M. Werner el dogma suplantó poco a poco a la escatología, siguiendo un proceso de «desescatologización» progresiva del cristianismo. Los herejes y, de modo particular, los gnósticos fueron los primeros que percibieron y llamaron la atención sobre este cambio. En este sentido cabría hablar de una «legítima pertenencia de la herejía al cristianismo» (Werner).

Conforme a la tesis de Bauer, en los comienzos del cristianismo herejía y ortodoxia no eran todavía magnitudes consolidadas. En algunos aspectos la herejía, o lo que después se consideró como tal, se anticipó a la ortodoxia. Bauer estudia como ejemplos las iglesias de Siria y de Egipto. En los primeros momentos no existía una clara diferencia entre ortodoxia y herejía; las dos podían coexistir una al lado de otra. Sólo con el paso del tiempo la diferencia entre ortodoxia y herejía adquirió importancia. En este desarrollo tuvo Roma un papel decisivo (cf. p. 265).

Por otra parte, no hay que olvidar que el cristianismo naciente aparecía como una *haíresis*, un grupo judío con características especiales, conocida como la «secta de los Nazarenos» (Hch 24,5.14; 28,22). El mismo NT conserva datos sobre la existencia de conflictos entre grupos cristianos, entre hebreos y helenistas (Hch 6,1-7), entre Pablo y sus opositores judaizantes, entre diversos grupos de Corinto (1 Cor 1,10-17) y otros a los que alude la carta a los fieles de Colosas.

Es importante señalar aquí que, conforme a la tesis de Bauer, la «cuestión del AT» (cf. p. 555) fue la causa de discordia entre los grupos cristianos y determinó a la postre el juego de fuerzas dentro del cristianismo.

IV. LITERATURA CRISTIANA DE LA EPOCA SUBAPOSTÓLICA: DESARROLLOS DE LOS GÉNEROS NEOTESTAMENTARIOS

En épocas pasadas existió un gran desinterés por los libros apócrifos del NT. Diversas razones parecían justificarlo: los materiales contenidos en estos escritos dependen por lo general de los libros canónicos, no añaden apenas información fidedigna respecto a la suministrada por éstos, no formaban parte de la corriente central de la teología cristiana, etc. Antes de la primera guerra mundial el número de apócrifos conocidos era muy restringido. La edición de Kautsch incluía 13 obras apócrifas y la de Charles 17. Las ediciones de Hennecke, Riessler y M. R. James ampliaron progresivamente el número de apócrifos dados a conocer. La edición inglesa de H. F. D. Sparks (1981) y la americana de J. H. Charlesworth (1983 y 1985) rompen el reduccionismo metodológico de comienzos de siglo. Los descubrimientos de Qumrán y de Nag Hammadi despertaron el interés por los apócrifos. Sin embargo, Schneemelcher (responsable de la 3.^a ed.) tiende todavía a seleccionar

un número reducido de los considerados como «verdaderos» apócrifos del NT.

«Apócrifo» significa oculto, secreto, sea por referencia a escritos no admitidos en el canon, a los escritos gnósticos, o, con sentido peyorativo, a libros considerados heréticos. Los gnósticos daban, por el contrario, al término «apócrifo» un sentido positivo, considerando que estas obras secretas y ocultas eran demasiado sagradas para exponerlas a una divulgación general entre el público.

Desde el punto de vista del análisis formal, cabe definir los libros apócrifos como aquellos escritos que imitan las formas de estilo del NT y que, si bien no llegaron a entrar en el canon, tanto por el título dado como por afirmaciones hechas en los mismos, tenían pretensiones de ser considerados canónicos (Schneemelcher). Esta definición no presta atención, sin embargo, a otros escritos de la época subapostólica ni tampoco a diversas formas de la literatura gnóstica, que tienen una indudable relación con los escritos llamados apócrifos.

Los libros apócrifos del NT pertenecen a géneros literarios muy diversos, similares en todo caso a los de los libros canónicos, a los que tratan de imitar. A pesar de ello, los cuatro evangelios primeros y los evangelios de ficción o los gnósticos presentan muchas más divergencias entre sí que puntos de contacto.

Dentro de un mismo género caben además grandes diferencias: unos apócrifos ofrecen un estilo más culto o más popular que otros, son más ortodoxos o más heterodoxos, conservan una forma más original o están compuestos de materiales de diversas épocas, son muy antiguos (s. II) o muy recientes (ss. V y VI). En todo caso es preciso distinguir siempre entre el material antiguo y las interpolaciones y reelaboraciones posteriores.

Posiblemente existían ciclos de escritos apócrifos, cada uno de los cuales estaba puesto bajo la autoridad de un personaje bíblico o neotestamentario como Daniel, Esdras, María, Pilatos, los apóstoles y otros personajes del cristianismo naciente. Estos ciclos estaban relacionados tal vez con escuelas, que seguían a un maestro y representaban una línea de tradición determinada.

El estudio de los apócrifos incluye el de los *agrapha*: toda palabra suelta, atribuida a Jesús por la tradición y no recogida en los evangelios canónicos. Los *agrapha* pueden encontrarse en interpolaciones o en variantes de los manuscritos de los evangelios o de otros libros canónicos, en escritos de los Padres de la Iglesia o de autores eclesiásticos, en textos litúrgicos o de disciplina eclesiástica, y en evangelios y hechos apócrifos. Se trata, por lo general, de sentencias o diálogos breves. Tras los descubrimientos del papiro Oxyrinc (s. III) y de Nag Hammadi, J. Jeremías retiene 21 *agrapha* válidos. Durante bastante tiempo la autoridad del evangelio tetramorfo no impidió la transmisión de ciertas tradiciones orales.

La aportación de los escritos apócrifos para la *historia del texto*

neotestamentario es escasa. Por lo que se refiere, sin embargo, a la *historia literaria del NT*, los apócrifos permiten vislumbrar la existencia de colecciones muy antiguas de *logia* de Jesús, de *testimonia* de la Escritura, y tal vez también de colecciones de relatos sobre Jesús o los apóstoles. Estas colecciones evolucionaron con absoluta independencia y por vías muy dispares a partir del momento en el que dejaron de estar sometidas al control y al influjo de las colecciones canónicas. Las cartas y los apocalipsis tienen una importancia menor.

Los escritos apócrifos presentan un interés indudable para el estudio de la *historia del cristianismo antiguo*. No sirven sólo para poner de relieve la superioridad de los canónicos. Contribuyen a reconocer que el cristianismo primitivo no era absolutamente monolítico y que, por lo mismo, no es posible reducir la literatura cristiana a dos grandes bloques: una corriente central ortodoxa y una periferia herética.

Los apócrifos reflejan determinadas tendencias de la piedad popular y muestran cómo la Iglesia trató de adaptarse, a veces sin éxito, a estas diversas tendencias.

Los apócrifos de origen o ambiente judeo-cristiano dan fe de la pervivencia de formas de expresión apocalíptica de la doctrina cristiana. Los evangelios judeo-cristianos muestran un arcaísmo que derivó rápidamente hacia corrientes como el ebionismo o hacia la gnosis. Revelan características de la piedad popular: atención a la infancia, a la madre de Jesús y a los misterios del más allá y de los tiempos finales. No dejan de poseer un cierto valor teológico, que a veces no pasa de la simple curiosidad o raya incluso en el mal gusto, como sucede en descripciones de un marcado realismo antidoceta. La aportación de los apócrifos a la historia del arte y de la literatura es muy superior al valor intrínseco de los mismos.

La imitación de los géneros del NT entrañaba un cierto riesgo a causa de la utilización que de los mismos podían hacer las sectas cristianas, en particular el gnosticismo.

La selección y utilización de los apócrifos varió mucho según épocas y lugares. Los deuterocanónicos del AT, o apócrifos del AT según la terminología corriente entre los protestantes, tuvieron entrada en el canon de la Iglesia, no así los apócrifos del NT, excepto algunos, que por algún tiempo y en algunos lugares gozaron de una cierta canonicidad, como los *Hechos de Pablo* y el *Apocalipsis de Pedro*. Estuvieron próximos a entrar en el canon neotestamentario la *Didakhé*, la *Carta de Bernabé*, la primera *Carta de Clemente* y el *Pastor de Hermas*.

La Iglesia cristiana no dejó al azar la conservación de los escritos apócrifos del AT y, mucho menos, la de los deuterocanónicos. Los conservó por razones muy variadas. Los libros 2-3-4 Macabeos eran una fuente de inspiración para la martirología cristiana. Los libros de Judit, Tobías, *Oración de Ester*, *Salmos de Salomón* y la novela *José y Asenet* presentaban modelos de piedad y de ascetismo. *Bel y el Dragon* y la *Carta de Jeremías* trataban sobre la lucha contra el paganismo. El libro

de la Sabiduría y las obras de Filón interpretaban la Ley mediante símbolos y alegorías. La conservación del ciclo de Enoc atestigua la importancia que para los cristianos tenía la apocalíptica. Las obras de Josefo merecían ser conservadas, aunque sólo fuera por preservar el llamado *Testimonium Flavianum*.

1. EVANGELIOS

Marcos (65-70)

Mateo (años 70/80)

Lucas (años 70/80)

Juan (años 90)

Evangelio de los Hebreos o Nazarenos (100-150)

Evangelio de los Egipcios (100-150)

Evangelio de los Ebionitas (100-150)

Apócrifo de Juan (Nag Hammadi) (100-150)

Evangelio según Pedro (130-150)

Papiro Egerton u (140-160)

Protoevangelio de Santiago (150-200)

Evangelio de la Verdad (Nag Hammadi) (150-200)

Primera compilación del *Evangelio según Tomás* (Nag Hammadi) (150-200)

Evangelio de Felipe (Nag Hammadi) (200)

Evangelio de Tomás (Nag Hammadi) (200-250)

Historia árabe de José el Carpintero (s. iv)

Evangelio según Tomás (obra maniquea, forma actual posterior al s. vi)

Tránsito de María

Evangelio del Pseudo-Mateo (s. vi).

2. HECHOS DE LOS APÓSTOLES

Hechos de los apóstoles (años 70/80)

Hechos de Juan (140-160)

Hechos de Pablo (150-200)

Hechos de Pedro (150-200)

Hechos de Tomás (200-250)

Hechos de Andrés (200-250)

Hechos de Pilatos (250-300)

3. CARTAS DE LOS APÓSTOLES

Cartas paulinas

1 Tesalonicenses (51)

2 Tesalonicenses (51 o años 90)

Gálatas (54-57)

Filipenses (56-57)

1 Corintios (57)

2 Corintios (57)

Romanos (58)

Filemón (56-57 o 61-63)

Colosenses (61-63 o años 70/80)

Efesios (61-63 o años 90/100)

COLECCIONES DE LIBROS CANONICOS Y APOCRIFOS

Tito (65 o 95-100)
1 Timoteo (65 o 95-100)
2 Timoteo (66 o 95-100)

Hebreos (años 60 o 70/80)

Cartas católicas

1 Pedro (64 o años 70/80)
Santiago (62 o años 70/80)
1 Juan (años 90)
2 Juan (años 90)
3 Juan (años 90)
2 Pedro (100-150)

Cartas apócrifas de Pablo

3 Corintios
Carta a los Laodicenses
Correspondencia de Pablo y Séneca

Cartas apócrifas de Pedro

Predicación de Pedro
Kerygmata Petrou

4. APOCALIPSIS

Apocalipsis de Juan (años 90)

Apocalipsis de Pedro
Apocalipsis de Pablo
Apocalipsis de la Virgen
Apocalipsis de Tomás
Apocalipsis de Juan
Apocalipsis de Esteban

5. INTERPOLACIONES CRISTIANAS en libros apócrifos del AT

Apocalipsis de Baruc griego (3 Baruc)
Apocalipsis de Esdras (3 Esdras y 4 Esdras)
Apocalipsis de Sedrach
Apocalipsis de Elías
Apocalipsis de Sofonías
Ascensión de Isaías
Oráculos Sibilinos
Libro de las parábolas (1 Enoch), etc.

6. ESCRITOS DE LOS PADRES APOSTÓLICOS

Primera Carta de Clemente a los Corintios (90-100)
Segunda Carta de Clemente a los Corintios (años 90 o 100)
Cartas de Ignacio de Antioquía (+ca. 110)
Carta de Policarpo a los Filipenses (algo posterior a las cartas de Ignacio)
Carta de Bernabé (ca. 130)

7. TRATADOS doctrinales y morales

Didakhé o Doctrina de los Doce Apóstoles (finales del s. I o comienzos del s. II)
Pastor de Hermas (comienzos del s. II)

1. *Evangelios apócrifos*

Entre los evangelios judeocristianos se cuentan el *Evangelio de los Hebreos y/o Nazarenos* y el *Evangelio de los Ebionitas*, idéntico probablemente al *Evangelio de los Doce Apóstoles*. Es difícil saber si cuando se habla de los evangelios de los Hebreos, de los Nazarenos y de los Ebionitas, se está hablando en realidad de tres evangelios diferentes o de una obra única. El *Evangelio de Pedro*, escrito en Siria hacia el año 130, responde a un ambiente próximo al de las iglesias judeo-cristianas. El *Evangelio de los Egipcios* fue compuesto por cristianos procedentes del paganismo.

Todos estos evangelios tratan de recoger y de transmitir, al igual que los canónicos, las enseñanzas de Jesús. Por el contrario, los evangelios de ficción pretenden informar sobre todo aquello que la curiosidad popular echaba de menos en los evangelios canónicos: datos sobre María y José, sobre la infancia de Jesús y, en menor grado, sobre los detalles de la Pasión. Fueron escritos entre los ss. III y IV. Entre ellos el *Protoevangelio de Santiago* y, en grado menor, el *Transitus Mariae* representan formas de transición. El *Evangelio de Tomás*, combinado con el Protoevangelio, dio origen a dos desarrollos en siríaco, que, a su vez, dieron como resultado el *Libro armenio de la infancia* y el *Libro árabe de la infancia*. El *Evangelio de Nicodemo*, al que se sumaron los *Hechos de Pilatos*, es una compilación de materiales antiguos realizada a principios del s. V.

Capítulo aparte merecen los *evangelios gnósticos*. La gnosis apareció en Siria a comienzos de la era cristiana. Encontró un terreno propicio en el pensamiento apocalíptico judío y cristiano. De Siria pasó a Egipto a comienzos del s. II y, a partir de este momento, conoció un desarrollo considerable en todo el mundo cristiano, hasta el punto de dar origen al maniqueísmo.

El *Evangelio gnóstico según Tomás*, o *Palabras secretas de Jesús a Tomás*, constituye una colección de 114 palabras o *logia* de Jesús, que en ocasiones constituyen variantes muy antiguas o representan incluso un estadio de tradición más arcaico, fijado ya por escrito o todavía en curso de transmisión oral, que el alcanzado en los propios textos sinópticos. Contiene una decena de *agrapha* del estilo de los dichos de los evangelios sinópticos; su origen puede remontarse a la tradición oral (8, 14, 15, 24, 29, 78, 82, 101, 106, 113). Los catalogados con los números 8 y 82 son los que presentan un tenor más antiguo (J. Jeremias).

Los primeros estudios sobre el *Evangelio de Tomás* de Nag Hammadi tendían a suponer que éste representaba una tradición evangélica independiente de los evangelios canónicos (Quispel 1957). Hoy predomina más bien la opinión de que el *Evangelio de Tomás* depende de los evangelios canónicos. Si bien es cierto que el autor del evangelio gnóstico tuvo que haber conocido los tres sinópticos, las modificaciones que este evangelio introduce no son siempre de carácter gnóstico y, en oca-

siones, parece ser más primitivo que la tradición sinóptica. Cabe decir que el *Evangelio de Tomás* contiene: 1) elementos de tradición auténtica, 2) elementos paralelos (aunque tal vez independientes) respecto a los evangelios sinópticos, pero correspondientes a un estadio posterior en el desarrollo de la tradición, y 3) elementos derivados de los evangelios sinópticos.

Se supone generalmente que se trata de una obra gnóstica, pero pudiera tratarse simplemente de una obra de carácter encratita. En cualquier caso, parece ser el resultado de un proceso evolutivo, que hoy resulta difícil de reconstruir (Köster).

Es de notar que otros muchos textos de Nag Hammadi se presentan también en forma de evangelio o bajo el nombre de un apóstol: *Apócrifo de Juan*, *Evangelio de los Egipcios*, *Apocalipsis de Pablo*, *Apocalipsis de Santiago* (3 obras), *Epístola de Pedro a Felipe*, *Hechos de Pedro*, *Apocalipsis de Pedro*, *Evangelio de Felipe*, *Libro de Tomás*, *Evangelio de la Verdad*, *Oración del Apóstol Pedro*, etc.

2. *Hechos apócrifos de los apóstoles*

Los Hechos apócrifos de los apóstoles son escritos compuestos entre los años 160 y 230. Se trata de narraciones de un estilo popular, dotadas de una gran inventiva. A finales del s. iv llegaron a formar una especie de *corpus*, que los maniqueos oponían al libro canónico de los Hechos. Proceden de Asia o de Siria y presentan características encratitas o gnósticas, originales en unos casos y fruto de una elaboración posterior en otros.

Se trata de los siguientes escritos: *Hechos de Juan*, *de Pablo*, *de Pedro*, *de Pedro y Pablo*, *de Tomás*, *de Andrés* y *de Tadeo*. Los *Hechos de Pablo* contienen tres partes: *Hechos de Pablo*, *Martirio de Pablo* y *Correspondencia de Pablo con los Corintios*; posiblemente existía una redacción única, que englobaba a los tres y cuyo título podía ser el de *Hechos de Pablo y Tecla*.

Los Hechos apócrifos se diferencian radicalmente de la obra de Lucas, tanto por el género y la forma literaria como por el contenido (Schneemelcher).

3. *Cartas apócrifas de los apóstoles*

Entre las Cartas apócrifas de los apóstoles la obra más importante es la *Carta de los Apóstoles* o *Testamento de Nuestro Señor en Galilea*, escrita probablemente entre los años 140 y 160.

Las cartas apócrifas atribuidas a Pablo son la *Tercera Carta a los Corintios*, la *Carta a los Laodicenses* y la *Correspondencia de Pablo y Séneca*. Entre los apócrifos petrinus figuran la *Predicación de Pedro* y los *Kerygmata Petrou*.

4. *Apocalipsis apócrifos*

No todas las obras apócrifas que llevan el título de apocalipsis pertenecen estrictamente a este género, en particular las dos obras de Nag Hammadi, que llevan el nombre de Santiago. Los apocalipsis apócrifos conocidos son los *de Pedro, de Pablo, de la Virgen, de Tomás, de Juan y de Esteban*.

5. *Interpolaciones cristianas en apócrifos del Antiguo Testamento*

Entre la literatura apócrifa del NT hay que enumerar también las primeras interpolaciones cristianas introducidas en algunos libros apócrifos del AT, en particular en los *Apocalipsis de Baruc griego (3 Baruc), de Esdras (3 Esdras y 4 Esdras), de Sedrach, de Elías y de Sofonías*, así como en la *Ascensión de Isaías*. El *Libro de las parábolas de 1 Enoc* y del *Libro de Enoc eslavo* ha sido atribuido a autoría cristiana (Milik). Los *Oráculos Sibílicos* contienen también interpolaciones cristianas; los libros 6-8 de esta misma obra podrían ser en su totalidad de origen cristiano.

Es preciso tener en cuenta que la división tradicional entre apócrifos del AT y apócrifos del NT resulta hoy cuestionable. Por otra parte, al igual que se plantea el problema de definir los límites de lo canónico, se debe plantear también una definición del canon de lo «auténticamente apócrifo» (Schneemelcher 1964).

6. *Escritos de los Padres apostólicos*

Los escritos de los llamados Padres apostólicos corresponden a los años 90-150 d.C. El solo hecho de que el texto de algunos de estos escritos figure en determinados códices bíblicos no prueba que fueran considerados como Escritura, aunque otros datos apuntan ciertamente en esta dirección.

En el mundo protestante, en especial en la corriente teológica representada por K. Barth, ha sido muy corriente establecer un corte radical entre el NT y los Padres apostólicos o la primera Iglesia, en la que aparecen ya tendencias catolizantes. Las posiciones entre católicos y protestantes se han acercado bastante, obligados unos y otros por la necesidad de reconocer la complejidad histórica del desarrollo de la Iglesia, surgida de una amalgama del sistema presbiteral judío y de otro basado en los órdenes de obispos y diáconos. Se ha insistido mucho en la importancia de los componentes judíos, pero no menos también de los elementos del helenismo y de la gnosis (cf. p. 32). Con la excepción de Policarpo, no cabe olvidar el continuo influjo que la tradición oral ejerció sobre los Padres apostólicos (Köster).

El estudio de los Padres apostólicos ha estado muy influido por la tesis de W. Bauer sobre la ortodoxia y la herejía, llevada incluso más

lejos por Köster; otros niegan, sin embargo, que formas del cristianismo consideradas más tarde como heréticas predominaran en todas partes desde un principio y que la idea de un cristianismo normativo desempeñara un papel tan importante.

Entre los escritos de los Padres apostólicos figuran cartas, homilías y tratados. La *Carta a los Corintios* de *Clemente de Roma* es de los años 90. Contiene elementos greco-romanos, estoicos en particular, pero también otros bíblicos; resulta especialmente interesante la relación establecida entre el AT y el NT (Hagner).

La *Segunda Carta a los Corintios* no es de Clemente ni es propiamente una carta, sino un sermón, el más antiguo conocido, de finales del s. I o comienzos del s. II, o tal vez incluso más tardío.

Ignacio de Antioquía, martirizado hacia el año 100, escribió siete cartas: cinco dirigidas a las comunidades cristianas de Éfeso, Magnesia, Trallia, Filadelfia y Esmirna, una al obispo Policarpo, y la más importante dirigida a la comunidad de Roma (cf. p. 556).

De las cartas de *Policarpo* nos ha llegado solamente la dirigida a los Filipenses.

La *Carta de Bernabé* es un tratado teológico en forma de carta, de comienzos del s. II, que probablemente hace uso de *Testimonia* ya existentes. En la primera parte, de carácter doctrinal (caps. 1-17), utiliza el método de interpretación alegórico. La segunda parte (18-21), de contenido moral, desarrolla la doctrina de las dos vías, de la vida y de la muerte.

Los martirologios cristianos tienen sin duda raíces judías, pero el culto de los mártires refleja casi ciertamente el culto helenístico del difunto.

7. Tratados doctrinales y morales

La *Didakhé* o *Doctrina de los Doce Apóstoles*, de finales del s. I o comienzos del s. II, es el código eclesiástico más antiguo conocido. Desarrolla la doctrina de «las dos vías», el camino de la vida y el camino de la muerte, que se remonta a fuentes judías y ofrece puntos de contacto con el *Manual de Disciplina* de la comunidad de Qumrán.

La obra conocida como el *Pastor de Hermas*, de comienzos del s. II, no cuenta propiamente entre los escritos de los Padres apostólicos. Perteneció al grupo de los apocalipsis apócrifos. Debe mucho al judaísmo, aunque contiene también elementos helenísticos indudables.

V. FACTORES HISTÓRICOS DE LA FORMACIÓN DEL CANÓN NEOTESTAMENTARIO

Se piensa generalmente que el proceso de formación del canon neotestamentario estuvo muy determinado por la *polémica contra las grandes*

herejías de la época: por una parte, contra el marcionismo, que reducía excesivamente el número de libros autorizados (una versión reducida del evangelio de Lucas y 10 cartas paulinas) y, por otra, contra el montanismo, que incluía en el canon escritos de la propia secta con supuestas y nuevas revelaciones (Von Campenhausen). Los gnósticos, por otra parte, no se preocupaban tanto de ampliar o de reducir el número de los libros autorizados; su interés se centraba más bien en dar una interpretación gnóstica a los textos aceptados por todos.

En opinión de Von Campenhausen, Marción fue el factor decisivo en el proceso de formación del canon, que se desarrolló en la época que media entre Marción y el Fragmento Muratoniano. Las disputas del s. III o las decisiones de los concilios de los ss. IV y V pasan entonces a un segundo plano en relación con la importancia de lo sucedido en el s. II.

Es cierto que la polémica y la reacción contra los movimientos heterodoxos de la época fue un factor importante, pero no pueden ser consideradas como la causa determinante que puso en marcha el proceso de formación del canon neotestamentario. No es seguramente correcto atribuir una importancia desmesurada al papel de Marción en la formación del canon cristiano (Balas).

El proceso de unificación que condujo a la formación de la Gran Iglesia y de la Biblia cristiana, hubo de abrirse paso entre dos extremos: desprenderse del «antiguo» Testamento, como proponían Marción y los gnósticos, o quedarse en el AT como hacían los judeo-cristianos. El carácter «ecuménico» de la Gran Iglesia y de la Biblia cristiana fue seguramente el factor que hizo posible la consolidación de ambas. El localismo y el separatismo elitista de las comunidades «heréticas» arrastró a éstas a la marginalidad y a la desaparición.

Otros muchos factores y muy diversos influyeron en la formación del canon neotestamentario: el paso de la primera a la segunda generación de cristianos, una vez desaparecida la generación de los apóstoles; el agotamiento de la tradición oral que bebía directamente de las fuentes apostólicas; el uso de los escritos cristianos en la liturgia; las necesidades de la catequesis y de la apologética y, por último, la imposibilidad de establecer la teología cristiana sobre la base única del AT. El canon neotestamentario nació, según Kümmel, en el momento en que se interrumpió la tradición oral y la Iglesia se vio obligada a buscar en los escritos apostólicos la «norma insustituible del Señor y de los Apóstoles». El problema del canon es el problema de la segunda generación cristiana y de la «transmisibilidad de una autoridad» (*Übertragbarkeit der Autorität*) (Marxen).

Por otra parte, a medida que pasaba el tiempo, el influjo de los concilios y sínodos adquiría mayor importancia. No se ha de olvidar tampoco la existencia de una tendencia muy generalizada, sobre todo en el s. IV, a codificar cuerpos de legislación y a establecer listas de criterios clásicos (cf. p. 580).

Desde un comienzo, pero sobre todo en el período antignóstico, los

contactos que las diversas iglesias iban estableciendo con vistas a la constitución de un canon, pasaron todos a través de la iglesia de Roma. Esta «conexión romana» tuvo gran importancia para el desarrollo del canon neotestamentario (Gregory).

La formación del canon, además de excluir ciertos libros que no podían ser considerados como «norma» de fe de las iglesias, cumplía otra misión no menos importante: aglutinar y unir las tradiciones de las iglesias del Oriente y del Occidente cristiano. A Roma acudieron, más o menos por la misma época, Ireneo, Hipólito y Orígenes. En Roma se tomaron por entonces las decisiones y los compromisos básicos que más tarde condujeron al definitivo establecimiento del canon cristiano.

Las iglesias y las grandes figuras cristianas, que intervinieron en la constitución del canon cristiano, tuvieron también alguna relación con Roma o a través de Roma: Ignacio aseguró los contactos de Siria con Asia Menor y Roma, Policarpo los de Asia Menor con Roma, Ireneo los de Asia Menor con la Galia, Ireneo e Hipólito los de la Galia con Roma, Hipólito y Orígenes los de Roma con Alejandría, Orígenes los de Alejandría con Cesarea y Capadocia, Eusebio y Atanasio los de Cesarea y Alejandría con Constantinopla, etc. Roma era evidentemente el centro y el eje de todos estos movimientos.

VI. CRITERIOS LITERARIOS DE CANONICIDAD

Un repaso a los géneros literarios de los libros del NT parece sugerir la idea de que los escritos apostólicos reconocidos como auténticos sólo podían pertenecer a *dos géneros* literarios: *el narrativo* de los evangelios y *el epistolar* de las cartas apostólicas. Este criterio literario permitía seguramente descalificar de inmediato aquellas obras cuyo género no era el de la narración evangélica o el de la epístola. La carta a los Hebreos parece confirmar la existencia de un tal criterio y el hecho de que la Iglesia apostólica no produjo otro tipo de literatura. El verdadero género de esta «carta» es más bien el de un tratado teológico, al que le fue añadido un final, similar al de una carta paulina, para dar al conjunto el aspecto de una obra de origen apostólico. El hecho de que la canonicidad de esta carta a los Hebreos, así como la del Apocalipsis, cuyo género no es tampoco ni el narrativo ni el epistolar, fuera discutida por mucho tiempo, da mayor fuerza a la hipótesis sobre la existencia de dos únicos géneros apostólicos, el de un evangelio y el de la carta apostólica.

Lo cierto es, sin embargo, que la Iglesia primitiva no parece haber utilizado nunca este criterio literario para establecer el carácter apostólico o no apostólico de un escrito cristiano. No deja de ser cierto también que, al igual que en el AT la Torah o Pentateuco nace de la unidad literaria formada por una torah o mandamiento, la literatura profética nace de un oráculo o la literatura sapiencial de un proverbio,

así también los evangelios nacen de una pieza de narración evangélica y la amplia literatura epistolar del cristianismo primitivo arranca de la misiva que el apóstol envía para mantener contacto con las comunidades cristianas.

VII. CRITERIOS TEOLÓGICOS DE CANONICIDAD

En el cristianismo, mucho más, si cabe, que en el judaísmo, los criterios de canonicidad son primordialmente *de orden teológico*.

El canon neotestamentario y el proceso de formación del mismo se construyen sobre tres pilares básicos: 1) el mensaje y la figura de Jesús, conocidos a través de la forma más antigua de la tradición sinóptica, 2) el kerygma más antiguo de la Iglesia primitiva relativo a la muerte y resurrección de Cristo, y 3) las primeras reflexiones teológicas sobre este kerygma desarrolladas en la teología paulina (Kümmel).

En consecuencia, los criterios aplicados a la hora de discernir el carácter canónico de un escrito eran básicamente los siguientes: origen apostólico del escrito en cuestión, uso generalizado o grado de catolicidad, aceptación tradicional del mismo, y, finalmente, conformidad con la *regula fidei* o fe de la Iglesia (*ho kanôn tês pisteôs*). Este combinado de criterios históricos y teológicos no tenía igual aplicación en cada caso. Se trata más bien de racionalizaciones que permitían justificar lo que era ya una práctica tradicional de las iglesias (Ohlig).

Los Padres de la Iglesia pensaban que los libros de la Escritura estaban inspirados por Dios, pero no parece que consideraran la inspiración como un criterio para distinguir entre escritos ortodoxos canónicos y otros escritos, no heterodoxos necesariamente, pero no canónicos. Las Escrituras están inspiradas, pero ésta no es la razón de que las Escrituras sean, además de inspiradas, canónicas. La inspiración de las Escrituras se inscribía, por otra parte, en el marco de la actividad inspiradora del Espíritu en otros muchos campos y aspectos de la vida de la Iglesia.

El canon neotestamentario tiene un doble valor teológico conforme a los dos sentidos posibles de la palabra *kanôn*, uno activo y otro pasivo. En el primer sentido, el canon es la colección de los libros que contienen la norma cristiana de fe y de vida (*norma normans*); en sentido pasivo, el canon es la lista de los libros establecidos por la iglesia como normativos o depositarios de la regla de fe (*norma normata*).

En el primer sentido se supone que los libros del canon poseen un *valor intrínseco*, que está enraizado en su propio origen y naturaleza y que es anterior al hecho de haber sido reunidos en una colección. En el segundo sentido se considera que el hecho de haber sido reunidos en una colección autorizada por la Iglesia les confiere una *autoridad extrínseca*, que no poseían antes de haber entrado en la colección. En un caso la Iglesia reconoce la autoridad inherente a las Escrituras; en el

otro ella misma confiere autoridad a los libros reuniéndolos en una colección y dando a ésta el sello de la canonicidad.

VIII. ¿UN CANON DENTRO DEL CANON?

Las tensiones existentes en el interior del canon afectan a planteamientos teológicos fundamentales. El canon, lejos de asegurar la unidad del cristianismo, legitima la pluralidad de confesiones. Las contradicciones entre diversos libros o dentro de un mismo libro hacen necesario establecer un canon crítico dentro del propio canon. El canon no puede fundar la unidad de la Iglesia, sino que funda más bien la pluralidad de confesiones en la Iglesia (Käseman).

La escatología de Lucas y de Hechos no es armonizable con la de Pablo; la visión de la Ley que ofrece Rom no es compatible con la de Mt 18; Sant ataca la doctrina paulina sobre la justificación por la fe sola. No sólo no existe unidad dentro del canon, sino que es vano esperar que la Iglesia cristiana pueda asentar su unidad sobre la base del canon neotestamentario. Por ello, desde una perspectiva protestante, luterana especialmente, se ha planteado a menudo el problema de la existencia de un «canon dentro del canon».

En definitiva, la cuestión consiste en establecer el criterio hermenéutico con el que discernir qué elementos del canon son fieles al «evangelio» y cuáles no están de acuerdo con él.

Por otra parte, se plantea también el problema de la relación entre Escritura y Tradición. El canon de la Escritura está profundamente enraizado en la tradición. Reconocer la autoridad del canon es reconocer la autoridad de la tradición. Ésta es una idea de corte católico, a la que los protestantes prestan hoy mayor atención. La exégesis moderna ha puesto de relieve hasta qué punto los libros del canon son producto de una tradición anterior, echando por tierra toda distinción neta entre escritura y tradición. Resulta más adecuado tal vez hablar de tradición escrita y de tradición no escrita (Torah oral y escrita, hablando en los términos propios del judaísmo). Ello no quiere decir que se dé por sentado el principio católico de la Tradición o que se desautorice el protestante de la *sola Scriptura*.

Se trata, en realidad, de un problema hermenéutico: saber si la Escritura puede interpretarse a sí misma (*sola Scriptura*) o si la interpretación de la Escritura requiere el complemento de un principio externo (*Scriptura et traditio*). Las posiciones tradicionales católica y protestante se han acercado mutuamente, pero están todavía lejos de un total acuerdo. Los estudios históricos muestran que la Escritura y la Tradición no eran categorías separadas sino realidades imbricadas la una en la otra, que la teología cristiana ha de reponer en su verdadera unidad.

Los esfuerzos realizados para erigir un principio, sea el que fuere («la justificación por la fe» u otro), como regla para decidir sobre la au-

toridad de un determinado libro del canon, no han conducido más que a posiciones unilaterales, que no podían menos que cercenar algún aspecto importante de la fe o de la vida cristianas. El pensamiento cristiano primitivo, que aparece reflejado en todo el espectro de los 27 libros del canon neotestamentario, es muy rico y diverso. Las diferencias entre los libros reflejan el pluralismo teológico existente en las primeras comunidades cristianas, hasta el punto que se puede encontrar en los escritos de la época apostólica un «catolicismo primitivo», un «protestantismo primitivo» y una «ortodoxia (oriental) primitiva».

Cada libro de una corriente sirve para contrarrestar el peligro que comporta una interpretación que lleve al extremo la tendencia manifestada en los escritos de la corriente opuesta. El canon reconoce la validez de la diversidad de la expresión teológica, y marca los límites de la diversidad aceptable dentro de la Iglesia (Metzger).

BIBLIOGRAFÍA

- ALAND, K., «Die Entstehung des Corpus Paulinum», *Neutestamentliche Entwürfe*, Munich 1979, 302-350.
- BALAS, D. L., «Marcion Revisited: A 'Post-Harnack' Perspective», *Texts and Testaments*, ed. W. E. March, San Antonio 1980, 102-105.
- BAUER, W., *Rechtgläubigkeit und Ketzerei im ältesten Christentum*, Tübingen 1964².
- BROX, N. (ed.), *Pseudepigraphie in der heidnischen und jüdisch-christlichen Antike*, Darmstadt 1977.
- CAMPENHAUSEN, H. von, *The Formation of the Christian Bible*, Philadelphia 1972.
- CHARLESWORTH, J. M., *The New Testament Apocrypha and Pseudepigrapha: A Guide to Publications, with Excursuses on Apocalypses*, Metuchen NJ-London 1987.
- DAHL, N. A., «The Origin of the Earliest Prologues to the Pauline Letters», *The Poetics of Faith*, ed. W. A. Beardslee, Missoula, Montana, 1978, 233-277.
- ELLIS, E. E., «The Old Testament Canon in the Early Church», *Mikra*, CRINT 2,1, ed. J. M. Mulder, Assen/Maastricht-Philadelphia 1988, 653-690.
- FARMER, W. R., «Peter and Paul: A Constitutive Relationship for Catholic Christianity», *Texts and Testaments. Critical Essays on the Bible and Early Church Fathers*, San Antonio 1980, 219-236.
- FARMER, W. R.-FARKASALVY, D. M., *The Formation of the New Testament Canon. An Ecumenical Approach*, New York-Ramsey-Toronto 1983.
- FONBERG, T., «Textual Criticism and Canon. Some Problems», *Studia Theologica* 40 (1986) 45-53.
- GAMBLE, H. Y., *The New Testament Canon: Its Making and Meaning*, Philadelphia 1985.
- GOODSPEED, E. J., *New Solution of the New Testament Problems*, Chicago 1927.
- GREGORY, C. P., *Canon and Text of the New Testament*, New York 1924.
- HAGNER, D. A., *The Use of the Old and New Testaments in Clement of Rome*, Leiden 1973.

- HANSON, R. P. C., *Tradition in the Early Church*, Philadelphia 1962.
- HARNACK, A., *Das neue Testament um das Jahr 200*, Freiburg 1889.
- HARNACK, A., *Marcion. Das Evangelium vom fremden Gott*, Leipzig 1924².
- HARRINGTON, D. J., «The Reception of Walter Bauer's *Orthodoxy and Heresy in Earliest Christianity* During the Last Decade», *HTbR* 73 (1980) 289-298.
- HAYS, R. B., *Echoes of Scripture in the Letters of Paul*, New Haven-London 1989.
- KÄSEMANN, E. (ed.), *Das Neue Testament als Kanon*. KÄSEMANN, E., «Paulus und der Frühkatholizismus», *ZThK* 40 (1962) 75-89.
- KÖSTER, H., *Synoptische Überlieferung bei den apostolischen Vätern*, Berlin 1957.
- KÖSTER, H., «Apocryphal and Canonical Gospels», *HTbR* 73 (1980) 105-130.
- KÖSTER, H., «One Jesus and Four Primitive Gospels», *Trajectories Through Early Christianity*, eds. J. M. Robinson-H. Köster, Philadelphia 1971, 158-204.
- KÖSTER, H., *Ancient Christian Gospels. Their History and Development*, Cambridge MA 1990.
- KÜMMEL, W. G., «Norwendigkeit und Grenze der neutestamentlichen Kanons», *ZThK* 47 (1950) 227-313.
- MCDONALD, L. M., *The Formation of the Christian Biblical Canon*, 1988.
- MARCH, E. (ed.), *Texts and Testaments. Critical Essays on the Bible and Early Church Fathers*, San Antonio 1980.
- MARXEN, W., «Das Problem des neutestamentlichen Kanons aus der Sicht des Exegeten», *Das Neue Testament als Kanon, Dokumentation und kritische Analyse zur gegenwärtigen Diskussion*, ed. E. Käsemann, Göttingen 1970, 233-246.
- METZGER, B. M., *The Canon of the New Testament. Its Origin, Development, and Significance*, Oxford 1987.
- MILIK, J. T., *The Books of Enoch: Aramaic Fragments of Qumran Cave IV*, Oxford 1976.
- MORALDI, L., *Apocrifi del Nuovo Testamento*, 2 vols., Torino 1971.
- OHLIG, K.-H., *Die theologische Begründung des neutestamentlichen Kanons in der alten Kirche*, Düsseldorf 1972.
- OUTLER, A. C., «The 'Logic' of Canon-making and the Tasks of Canon-criticism», *Texts and Testaments. Critical Essays on the Bible and Early Church Fathers*, San Antonio 1980, 263-278.
- RINALDI, G., *Biblia Gentium. Primo contributo per un indice delle citazioni, dei riferimenti e delle allusioni alla Bibbia negli autori pagani, greci e latini, di età imperiale*, Roma 1989.
- SANTOS OTERO, A. de, *Los Evangelios apócrifos*, Madrid 1988.
- SCHENKE, H.-M., «Das Weiterwirken des Paulus und die Pflege seines Erbes durch die Paulus-Schule», *NTS* 21 (1975) 505-518.
- SCHMITHALS, W., «On the Composition and Earliest Collection of the Major Epistles of Paul», *Paul and the Gnostics*, New York 1972, 239-274.
- SCHNEEMELCHER, W., «Bibel III. Die Entstehung des Kanons des Neuen Testaments und der christlichen Bibel», *Theologische Realenzyklopädie* VI, Berlin-New York 1980, 22-48.
- SCHNEEMELCHER, W., *Neutestamentliche Apokryphen*, 2 vols., Tübingen 1987 y 1989, 5.^a ed. basada en la de E. Hennecke, Tübingen 1964.
- SUNDBERG, A. C., *The Old Testament of the Early Church*, Cambridge MA 1964.

LIBROS CANONICOS Y LIBROS NO CANONICOS

- SUNDBERG, A. C., «The Making of the New Testament Canon», *The Interpreter's One-Volume Commentary on the Bible*, Nashville 1971, 1216-1224.
- WANKE, G., «Die Entstehung des Alten Testaments als Kanon», *Theologische Realenzyklopädie* VI, Berlin-New York 1980, 1-8.
- WERNER, M., *Die Entstehung des christlichen Dogmas*, Tübingen 1953².
- WILSON, R. McL., *New Testament Apocrypha*, *The New Testament and Its Modern Interpreters*, eds. E. J. Epp-G. W. MacRae, Atlanta GA 1989, 429-455.
- ZAHN, T., *Geschichte des neutestamentlichen Kanons*, Erlangen 1888-1892.